

H. P. Lovecraft
Herbert West:
reanimador

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

HERBERT WEST: REANIMADOR

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1922

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

I. DESDE LA OSCURIDAD

De Herbert West, quien fue mi amigo en la universidad y en la otra vida, solo puedo hablar con extremo terror. Este terror no se debe completamente al siniestro modo de su reciente desaparición, sino que fue engendrado por toda la naturaleza de su obra de vida, y adquirió su forma aguda hace más de diecisiete años, cuando estábamos en el tercer año de nuestro curso en la Escuela de Medicina de la Universidad Miskatonic en Arkham. Mientras estuvo conmigo, la maravilla y el diabolismo de sus experimentos me fascinaron por completo, y yo era su compañero más cercano. Ahora que se ha ido y el hechizo se ha roto, el miedo real es mayor. Los recuerdos y las posibilidades son siempre más horribles que las realidades.

El primer horrible incidente de nuestra relación fue el mayor choque que jamás experimenté, y solo con relucencia lo repito. Como he dicho, ocurrió cuando estábamos en la escuela de medicina, donde West ya se había hecho notorio por sus teorías salvajes sobre la naturaleza de la muerte y la posibilidad de superarla artificialmente. Sus puntos de vista, que fueron ampliamente ridiculizados por la facultad y sus compañeros estudiantes, se basaban en la naturaleza esencialmente mecanicista de la vida; y en los medios para operar la maquinaria orgánica de la humanidad mediante acción química calculada después del fracaso de los procesos naturales. En sus experimentos con varias soluciones animadoras había matado y tratado a un número inmenso de conejos, cobayas, gatos, perros y monos, hasta haberse convertido en la principal molestia del colegio. Varias veces había obtenido signos de vida en animales supuestamente muertos; en muchos casos signos violentos; pero pronto vio que la perfección de este proceso, si es que era

posible, necesariamente implicaría una vida entera de investigación. También quedó claro que, dado que la misma solución nunca funcionaba de la misma manera en diferentes especies orgánicas, necesitaría sujetos humanos para un progreso más avanzado y especializado. Fue aquí donde entró por primera vez en conflicto con las autoridades del colegio, y fue prohibido de realizar futuros experimentos por nada menos que el decano de la escuela de medicina—el erudito y benevolente Dr. Allan Halsey, cuyo trabajo en favor de los afligidos es recordado por todo residente antiguo de Arkham.

Siempre había sido excepcionalmente tolerante con las actividades de West, y con frecuencia discutíamos sus teorías, cuyas ramificaciones y corolarios eran casi infinitos. Sosteniendo con Haeckel que toda la vida es un proceso químico y físico, y que la llamada “alma” es un mito, mi amigo creía que la reanimación artificial de los muertos solo puede depender de la condición de los tejidos; y que a menos que la descomposición real haya comenzado, un cadáver completamente equipado con órganos puede, con medidas adecuadas, volver a funcionar de la manera peculiar conocida como vida. West comprendía plenamente que la vida psíquica o intelectual podría verse afectada por el leve deterioro de las células cerebrales sensibles que incluso un corto período de muerte podría causar. Al principio, su esperanza era encontrar un reactivo que restaurara la vitalidad antes de la llegada real de la muerte, y solo los repetidos fracasos en animales le habían mostrado que los movimientos vitales naturales y artificiales eran incompatibles. Luego buscó una frescura extrema en sus especímenes, inyectando sus soluciones en la sangre inmediatamente después de la extinción de la vida. Fue esta circunstancia la que hizo que los profesores fueran tan descuidadamente escépticos, ya que sentían que en cualquier caso no había ocurrido una verdadera muerte. No se detuvieron a examinar el asunto de manera cercana y razonable.

No mucho tiempo después de que la facultad interdicte su trabajo, West me confió su resolución de obtener cuerpos humanos frescos de alguna manera, y continuar en secreto los experimentos que ya no podía realizar abiertamente. Escucharlo discutir métodos y medios era bastante espeluznante, ya que en el colegio nunca habíamos procurado especímenes anatómicos nosotros mismos. Siempre que la morgue resultaba insuficiente, dos negros locales se encargaban de este asunto, y rara vez eran cuestionados. West era entonces un joven pequeño, delgado, con gafas, rasgos delicados, cabello

amarillo, ojos azul pálido y una voz suave, y era inquietante escucharlo meditar sobre los méritos relativos del Cementerio de Christchurch y el campo de alfareros. Finalmente decidimos por el campo de alfareros, porque prácticamente todos los cuerpos en Christchurch eran embalsamados; una cosa, por supuesto, ruinosa para las investigaciones de West.

Para entonces ya era su asistente activo y entusiasmado, y lo ayudaba a tomar todas sus decisiones, no solo en cuanto a la fuente de los cuerpos sino también sobre un lugar adecuado para nuestro asqueroso trabajo. Fui yo quien pensó en la desierta casa de campo de Chapman más allá de Meadow Hill, donde acondicionamos en la planta baja una sala de operaciones y un laboratorio, cada uno con cortinas oscuras para ocultar nuestras actividades nocturnas. El lugar estaba lejos de cualquier camino, y sin vista de ninguna otra casa, pero las precauciones eran igualmente necesarias; ya que los rumores de luces extrañas, iniciadas por deambular nocturnos casuales, pronto traerían desastre a nuestra empresa. Se acordó llamar a todo el asunto un laboratorio químico en caso de que se descubriera. Gradualmente equipamos nuestro siniestro refugio de la ciencia con materiales comprados en Boston o prestados discretamente del colegio—materiales cuidadosamente hechos irreconocibles salvo para ojos expertos—y proporcionamos palas y picos para las muchas enterramientos que tendríamos que hacer en el sótano. En el colegio usábamos un incinerador, pero el aparato era demasiado costoso para nuestro laboratorio no autorizado. Los cuerpos siempre eran una molestia—even los pequeños cuerpos de cobayas de los leves experimentos clandestinos en la habitación de West en el pensión.

Seguíamos los avisos de defunción locales como ghouls, ya que nuestros especímenes requerían cualidades particulares. Lo que queríamos eran cadáveres enterrados pronto después de la muerte y sin preservación artificial; preferiblemente libres de enfermedades deformantes, y ciertamente con todos los órganos presentes. Las víctimas de accidentes eran nuestra mejor esperanza. No pasaron muchas semanas antes de que escucháramos de algo adecuado; aunque hablábamos con autoridades de la morgue y del hospital, ostensiblemente en interés del colegio, tan a menudo como podíamos sin despertar sospechas. Descubrimos que el colegio tenía primera elección en cada caso, por lo que podría ser necesario permanecer en Arkham durante el verano, cuando solo se impartían las limitadas clases de verano. Al final, sin embargo, la suerte nos favoreció; pues un día escuchamos sobre un caso

casi ideal en el campo de alfareros; un joven trabajador fornido se había ahogado la mañana anterior en el estanque de Sumner, y fue enterrado por cuenta del pueblo sin demora ni embalsamamiento. Esa tarde encontramos la nueva tumba, y decidimos comenzar el trabajo poco después de la medianoche.

Fue una tarea repulsiva que emprendimos en las negras y pequeñas horas, aunque en ese momento nos faltaba el horror especial de los cementerios que nos traerían experiencias posteriores. Llevábamos palas y faroles de aceite oscuro, pues aunque las linternas eléctricas ya se fabricaban, no eran tan satisfactorias como los dispositivos de tungsteno de hoy. El proceso de desenterramiento fue lento y sórdido—podría haber sido macabramente poético si hubiéramos sido artistas en lugar de científicos—y nos alegramos cuando nuestras palas golpearon madera. Cuando la caja de pino estuvo completamente descubierta, West trepó y quitó la tapa, sacando y apoyando el contenido. Yo me agaché y saqué el contenido de la tumba, y luego ambos trabajamos arduamente para restaurar el lugar a su apariencia original. El asunto nos puso algo nerviosos, especialmente la forma rígida y el rostro vacío de nuestro primer trofeo, pero logramos eliminar todas las huellas de nuestra visita. Cuando alisamos el último cubo de tierra, pusimos el espécimen en un saco de lona y nos dirigimos hacia la vieja casa de Chapman más allá de Meadow Hill.

En una mesa de disección improvisada en la vieja casa de campo, a la luz de una potente lámpara de acetileno, el espécimen no parecía muy espectral. Había sido un joven robusto y aparentemente sin imaginación de tipo plebeyo saludable—de gran complexión, ojos grises y cabello castaño—un animal sano sin sutilezas psicológicas, y probablemente con procesos vitales de la más simple y saludable clase. Ahora, con los ojos cerrados, parecía más dormido que muerto; aunque la prueba experta de mi amigo pronto no dejó duda al respecto. Finalmente teníamos lo que West siempre había anhelado—un verdadero hombre muerto del tipo ideal, listo para la solución preparada según los cálculos y teorías más cuidadosos para uso humano. La tensión de nuestra parte se volvió muy grande. Sabíamos que apenas había una posibilidad de algo parecido a un éxito completo, y no podíamos evitar horribles temores ante posibles resultados grotescos de una animación parcial. Especialmente estábamos aprensivos respecto a la mente e impulsos de la criatura, ya que en el espacio posterior a la muerte algunas de las células

cerebrales más delicadas podrían haber sufrido deterioro. Yo, personalmente, aún mantenía algunas nociones curiosas sobre el "alma" tradicional del hombre, y sentía un asombro ante los secretos que podría revelar uno que regresa de la muerte. Me preguntaba qué vistas podría haber visto este joven plácido en esferas inaccesibles, y qué podría relatar si se restauraba completamente a la vida. Pero mi asombro no era abrumador, ya que en su mayor parte compartía el materialismo de mi amigo. Él estaba más tranquilo que yo mientras forzaba una gran cantidad de su fluido en una vena del brazo del cuerpo, atando inmediatamente la incisión de manera segura.

La espera fue macabra, pero West nunca flaqueó. De vez en cuando aplicaba su estetoscopio al espécimen, y soportaba los resultados negativos filosóficamente. Después de aproximadamente tres cuartos de hora sin el más mínimo signo de vida, proclamó con desilusión que la solución era inadecuada, pero determinado a aprovechar al máximo su oportunidad e intentar un cambio en la fórmula antes de deshacerse de su espeluznante premio. Esa tarde habíamos cavado una tumba en el sótano, y tendríamos que llenarla para el amanecer—pues aunque habíamos colocado un candado en la casa, queríamos evitar incluso el riesgo más remoto de un descubrimiento fantasmal. Además, el cuerpo no estaría ni remotamente fresco la noche siguiente. Así que, tomando la solitaria lámpara de acetileno en el laboratorio adyacente, dejamos a nuestro huésped silencioso sobre la losa en la oscuridad, y dirigimos toda nuestra energía a mezclar una nueva solución; el pesaje y la medición supervisados por West con un cuidado casi fanático.

El terrible evento fue muy repentino e inesperado. Estaba vertiendo algo de un tubo de ensayo a otro, y West estaba ocupado sobre la lámpara de alcohol que tenía que funcionar como un mechero Bunsen en este edificio sin gas, cuando desde la sala completamente a oscuras que habíamos dejado allí estalló la sucesión más aterradora y demoníaca de gritos que cualquiera de nosotros había escuchado. No podría haber sido más inefable el caos de sonidos infernales si la propia fosa se hubiera abierto para liberar la agonía de los condenados, pues en una cacofonía inconcebible se centraba todo el terror supernal y la desesperación antinatural de la naturaleza animada. No podía haber sido humano—no es propio del hombre producir tales sonidos—y sin un pensamiento de nuestro reciente trabajo o de su posible descubrimiento, tanto West como yo saltamos a la ventana más cercana como animales atropellados; derribando tubos, lámpara y retortas, y lanzándonos fre-

néticamente al abismo estrellado de la noche rural. Creo que gritamos mientras tropezábamos frenéticamente hacia la ciudad, aunque al llegar a las afueras pusimos una apariencia de restricción — sólo lo suficiente para parecer festejadores atrasados tambaleándose a casa desde una depravación.

No nos separamos, sino que logramos llegar a la habitación de West, donde susurramos con el gas hasta el amanecer. Para entonces nos habíamos calmado un poco con teorías racionales y planes de investigación, de modo que pudimos dormir durante el día — las clases fueron desatendidas. Pero esa tarde dos noticias en el periódico, totalmente no relacionadas, volvieron a hacer imposible que durmiéramos. La vieja casa desierta de Chapman se había incendiado inexplicablemente hasta convertirse en un montón amorfo de cenizas; lo entendimos por la lámpara derribada. Además, se había intentado perturbar una nueva tumba en el campo de alfareros, como si se tratara de arañar inútilmente y sin picos la tierra. Eso no pudimos entenderlo, pues habíamos alisado el molde con mucho cuidado.

Y durante diecisiete años después de eso, West miraba frecuentemente por encima de su hombro, y se quejaba de pasos imaginarios detrás de él. Ahora ha desaparecido.

II. EL DEMONIO DE LA PLAGA

Nunca olvidaré aquel horrible verano hace dieciséis años, cuando como un afrita nocivo de los salones de Eblis, la tifus acechó de manera burlona a través de Arkham. Es por esa plaga satánica que la mayoría recuerda el año, pues verdaderamente el terror se cernía con alas de murciélago sobre los montones de ataúdes en las tumbas del Cementerio de Christchurch; sin embargo, para mí hay un horror mayor en ese tiempo—un horror conocido solo para mí ahora que Herbert West ha desaparecido.

West y yo estábamos realizando trabajos de posgrado en clases de verano en la escuela de medicina de la Universidad Miskatonic, y mi amigo había alcanzado una amplia notoriedad debido a sus experimentos encaminados hacia la revivificación de los muertos. Después de la matanza científica de incontables pequeños animales, el trabajo extraño aparentemente se detuvo por orden de nuestro escéptico decano, el Dr. Allan Halsey; aunque West había continuado realizando ciertas pruebas secretas en su oscura habitación de la pensión, y había tomado en una ocasión terrible e inolvidable un cuerpo humano de su tumba en el campo de alfareros hacia una casa de campo desierta más allá de Meadow Hill.

Yo estaba con él en aquella odiosa ocasión, y lo vi inyectar en las venas aún frías el elixir que él pensaba que, en cierta medida, restauraría los procesos químicos y físicos de la vida. Terminó horriblemente—en un delirio de miedo que gradualmente llegamos a atribuir a nuestros propios nervios sobrecargados—y West nunca pudo desprenderse de una sensación enloquecedora de ser perseguido y cazado. El cuerpo no estaba lo suficientemente fresco; es obvio que para restaurar atributos mentales normales, un

cuerpo debe estar muy fresco de hecho; y la quema de la vieja casa nos impidió enterrar la cosa. Hubiera sido mejor si hubiéramos sabido que estaba bajo tierra.

Después de esa experiencia, West había abandonado sus investigaciones por algún tiempo; pero a medida que el celo del científico nato volvía lentamente, volvió a ser insistente con la facultad del colegio, suplicando el uso de la mesa de disección y de especímenes humanos frescos para el trabajo que él consideraba tan abrumadoramente importante. Sin embargo, sus súplicas fueron completamente en vano; pues la decisión del Dr. Halsey era inflexible, y los demás profesores respaldaron el veredicto de su líder. En la teoría radical de la reanimación, no veían más que las vagarías inmaduras de un entusiasta juvenil cuya ligera figura, cabello amarillo, ojos azules con gafas y voz suave no daban indicio del poder sobrenatural —casi diabólico— del cerebro frío interior. Puedo verlo ahora como era entonces—y me estremezco. Se volvió más severo en rostro, pero nunca anciano. Y ahora el Asilo Sefton ha tenido el percance y West ha desaparecido.

West chocó desagradablemente con el Dr. Halsey cerca del final de nuestro último período de pregrado en una disputa verbosa que hizo menos crédito a él que al amable decano en cuanto a cortesía. Sentía que estaba retardado innecesaria e irracionalmente en una obra suprema; una obra que, por supuesto, podría conducir a su antojo en años posteriores, pero que deseaba comenzar mientras aún poseía las instalaciones excepcionales de la universidad. Que los ancianos ligados a la tradición ignoraran sus singulares resultados en animales, y persistieran en su negación de la posibilidad de la reanimación, era indescriptiblemente repugnante y casi incomprensible para un joven del temperamento lógico de West. Solo una mayor madurez podría ayudarlo a entender las limitaciones mentales crónicas del tipo "profesor-doctor"—producto de generaciones de patético puritanismo; amables, concienzudos y a veces gentiles y afables, pero siempre estrechos, intolerantes, regidos por costumbres y carentes de perspectiva. La edad tiene más caridad para estos personajes incompletos pero de alto espíritu, cuyo peor vicio real es la timidez, y que finalmente son castigados por el ridículo general por sus pecados intelectuales—pecados como el ptolemaísmo, calvinismo, anti-darwinismo, anti-nietzscheísmo, y todo tipo de sabatismo y legislación suntuaria. West, joven a pesar de sus maravillosos conocimientos científicos, tenía poca paciencia con el buen Dr. Halsey y sus eruditos colegas; y

albergaba un resentimiento creciente, junto con el deseo de probar sus teorías a estos insensibles dignatarios de alguna manera llamativa y dramática. Como la mayoría de los jóvenes, se entregaba a elaborados sueños diurnos de venganza, triunfo y perdón magnánimo final.

Y entonces llegó la plaga, sonriente y letal, desde las cavernas de pesadilla de Tártaro. West y yo habíamos graduado aproximadamente en el momento de su inicio, pero nos habíamos quedado para trabajos adicionales en la escuela de verano, de modo que estábamos en Arkham cuando estalló con furia demoníaca total sobre la ciudad. Aunque aún no éramos médicos licenciados, ahora teníamos nuestros grados, y fuimos presionados frenéticamente a servicio público a medida que aumentaban los números de los afectados. La situación estaba casi fuera de control, y las muertes ocurrieron con demasiada frecuencia para que los funerarios locales pudieran manejarlas completamente. Se realizaron entierros sin embalsamar en rápida sucesión, e incluso la tumba receptora del Cementerio de Christchurch estaba abarrotada de ataúdes de los muertos sin embalsamar. Esta circunstancia no pasó desapercibida para West, quien a menudo pensaba en la ironía de la situación — ¡tantos especímenes frescos, pero ninguno para sus investigaciones perseguidas! Estábamos terriblemente sobrecargados de trabajo, y la tremenda tensión mental y nerviosa hizo que mi amigo meditara de manera mórbida.

Pero los suaves enemigos de West no estaban menos agobiados con deberes agotadores. El colegio prácticamente había cerrado, y cada médico de la facultad de medicina estaba ayudando a combatir la plaga de tifus. El Dr. Halsey en particular se había distinguido en el servicio sacrificial, aplicando su extrema habilidad con energía de todo corazón a casos que muchos otros evitaban por peligro o aparente desesperanza. Antes de que pasara un mes, el intrépido decano se había convertido en un héroe popular, aunque parecía inconsciente de su fama mientras luchaba por no colapsar por la fatiga física y el agotamiento nervioso. West no podía ocultar la admiración por la fortaleza de su enemigo, pero por ello estaba aún más decidido a probarle la verdad de sus asombrosas doctrinas. Aprovechando la desorganización tanto del trabajo universitario como de las regulaciones municipales de salud, logró introducir un cuerpo recientemente fallecido de contrabando en la mesa de disección de la universidad una noche, e inyectó en mi presencia una nueva modificación de su solución. La cosa abrió sus ojos de hecho,

pero solo miró al techo con una mirada de horror petrificante del alma antes de colapsar en una inercia de la cual nada pudo despertarla. West dijo que no estaba lo suficientemente fresco —el aire caluroso de verano no favorece a los cadáveres. En aquella ocasión casi nos atraparon antes de incinerar la cosa, y West dudó de la conveniencia de repetir su audaz mal uso del laboratorio del colegio.

El pico de la epidemia se alcanzó en agosto. West y yo estábamos casi muertos, y el Dr. Halsey murió el día 14. Todos los estudiantes asistieron al funeral apresurado el día 15, y compraron una corona impresionante, aunque esta última fue completamente eclipsada por los tributos enviados por ciudadanos adinerados de Arkham y por el propio municipio. Fue casi un asunto público, pues el decano seguramente había sido un benefactor público. Después del entierro, todos estábamos algo deprimidos, y pasamos la tarde en el bar de la Casa Comercial; donde West, aunque sacudido por la muerte de su principal oponente, nos enfrió el resto con referencias a sus teorías notorias. La mayoría de los estudiantes se fueron a casa, o a diversos deberes, a medida que avanzaba la noche; pero West me persuadió para que lo ayudara a "hacer una noche de ello". La casera de West nos vio llegar a su habitación alrededor de las dos de la mañana, con un tercer hombre entre nosotros; y le dijo a su esposo que evidentemente todos habíamos cenado y bebido bastante bien.

Aparentemente, esta matrona ácida tenía razón; pues alrededor de las 3 a.m., toda la casa fue despertada por gritos provenientes de la habitación de West, donde al derribar la puerta encontraron a los dos inconscientes en la alfombra manchada de sangre, golpeados, arañados y maltratados, y con los fragmentos rotos de las botellas e instrumentos de West a nuestro alrededor. Solo una ventana abierta indicaba lo que había sucedido con nuestro atacante, y muchos se preguntaron cómo le había ido él mismo después del tremendo salto desde el segundo piso hacia el césped que debió haber hecho. Había algunas prendas extrañas en la habitación, pero West al recuperar la conciencia dijo que no pertenecían al extraño, sino que eran especímenes recolectados para análisis bacteriológico en el curso de investigaciones sobre la transmisión de enfermedades germinales. Ordenó que fueran quemadas lo antes posible en la espaciosa chimenea. A la policía ambos declaramos desconocer la identidad de nuestro reciente compañero. Él era, nerviosamente dijo West, un extraño afín que habíamos conocido en algún bar del

centro de ubicación incierta. Todos habíamos estado algo joviales, y West y yo no deseábamos que nuestro compañero beligerante fuera cazado.

Esa misma noche vio el comienzo del segundo horror de Arkham—el horror que para mí eclipsó la propia plaga. El Cementerio de Christchurch fue el escenario de una terrible matanza; un vigilante había sido desgarrado hasta morir de una manera no solo demasiado horrible para describir, sino que suscitaba una duda sobre la agencia humana del acto. La víctima había sido vista con vida considerablemente después de la medianoche—el amanecer reveló la cosa inefable. El gerente de un circo en la ciudad vecina de Bolton fue interrogado, pero juró que ninguna bestia había escapado en ningún momento de su jaula. Los que encontraron el cuerpo notaron un rastro de sangre que conducía a la tumba receptora, donde una pequeña charca roja yacía sobre el concreto justo fuera de la puerta. Un rastro más tenue se dirigía hacia el bosque, pero pronto se desvaneció.

La noche siguiente, demonios bailaron en los tejados de Arkham, y una locura antinatural aulló en el viento. A través de la fiebrevida ciudad se había deslizado una maldición que algunos decían era mayor que la plaga, y que algunos susurraban era el alma demoníaca encarnada de la propia plaga. Ocho casas fueron ingresadas por una cosa sin nombre que esparció muerte roja a su paso—en total, diecisiete restos mutilados y sin forma de cuerpos fueron dejados atrás por el monstruo sádico sin voz que se arrastraba. Algunas personas lo habían visto a la mitad en la oscuridad, y dijeron que era blanco y como un simio deformado o un demonio antropomórfico. No había dejado detrás todo lo que había atacado, pues a veces había estado hambriento. El número que había matado fue de catorce; tres de los cuerpos habían estado en hogares afectados y no habían estado vivos.

En la tercera noche, bandas frenéticas de buscadores, lideradas por la policía, lo capturaron en una casa en Crane Street cerca del campus de Miskatonic. Habían organizado la búsqueda con cuidado, manteniéndose en contacto mediante estaciones de teléfono voluntarias, y cuando alguien en el distrito universitario reportó haber escuchado un arañar en una ventana cerrada, la red se extendió rápidamente. Debido a la alarma general y a las precauciones, solo hubo dos víctimas más, y la captura se efectuó sin bajas mayores. La cosa fue finalmente detenida por una bala, aunque no una fatal, y fue llevada al hospital local en medio de emoción y repugnancia universales.

Pues había sido un hombre. Esto estaba claro a pesar de los ojos nauseabundos, el simianismo sin voz y la salvajería demoníaca. Le vendieron su herida y lo llevaron al asilo de Sefton, donde golpeaba su cabeza contra las paredes de una celda acolchada durante dieciséis años —hasta el reciente percance, cuando escapó bajo circunstancias que pocos desean mencionar. Lo que más disgustó a los buscadores de Arkham fue lo que notaron cuando limpiaron el rostro del monstruo —la imitación, increíble semejanza a un mártir erudito y auto-sacrificante que había sido sepultado apenas tres días antes —el difunto Dr. Allan Halsey, benefactor público y decano de la escuela de medicina de la Universidad Miskatonic.

Para el desaparecido Herbert West y para mí, el disgusto y el horror eran supremos. Me estremezco esta noche al pensar en ello; me estremezco aún más de lo que lo hice aquella mañana cuando West murmuró entre sus vendas,

“¡Maldita sea, no estaba lo suficientemente fresco!”

III. SEIS DISPAROS ANTES DE LA MEDIANOCHE

Es poco común disparar los seis tiros de un revólver con gran rapidez cuando probablemente uno sería suficiente, pero muchas cosas en la vida de Herbert West eran poco comunes. No es frecuente, por ejemplo, que un joven médico que acaba de salir de la universidad se vea obligado a ocultar los principios que guían su elección de hogar y oficina; sin embargo, ese fue el caso de Herbert West. Cuando él y yo obtuvimos nuestros títulos en la escuela de medicina de la Universidad Miskatonic y buscamos aliviar nuestra pobreza estableciéndonos como médicos generales, tuvimos mucho cuidado de no decir que elegimos nuestra casa porque estaba bastante bien aislada y lo más cerca posible del campo de alfareros.

La reticencia como esta rara vez es sin causa, ni de hecho la nuestra; pues nuestros requisitos eran los resultantes de una obra de vida claramente impopular. Exteriormente solo éramos médicos, pero debajo de la superficie había objetivos de una importancia mucho mayor y más terrible, pues la esencia de la existencia de Herbert West era una búsqueda en medio de reinos oscuros y prohibidos de lo desconocido, en la cual esperaba descubrir el secreto de la vida y restaurar a la animación perpetua la arcilla fría del cementerio. Tal búsqueda demanda materiales extraños, entre ellos cuerpos humanos frescos; y para mantener el suministro de estas cosas indispensables uno debe vivir tranquilamente y no lejos de un lugar de entierro informal.

West y yo nos habíamos conocido en la universidad, y yo había sido el único que simpatizaba con sus horribles experimentos. Gradualmente llegué a ser su inseparable asistente, y ahora que habíamos salido de la universidad teníamos que mantenernos juntos. No fue fácil encontrar una buena apertura para dos médicos en compañía, pero finalmente la influencia de la universidad nos aseguró una práctica en Bolton, una ciudad industrial cerca de Arkham, sede del colegio. Las Fábricas de Worsted de Bolton son las más grandes del Valle Miskatonic, y sus empleados políglotas nunca son populares como pacientes con los médicos locales. Elegimos nuestra casa con el mayor cuidado, finalmente optando por una cabaña algo deteriorada cerca del final de Pond Street; cinco números de la vecina más cercana, y separada del campo de alfareros local por solo una extensión de tierra de pradera, atravesada por un estrecho cuello del bosque algo denso que se encuentra al norte. La distancia era mayor de lo que deseábamos, pero no podíamos acercarnos a otra casa sin pasar al otro lado del campo, totalmente fuera del distrito industrial. No nos disgustó mucho, sin embargo, ya que no había personas entre nosotros y nuestra siniestra fuente de suministros. La caminata era un poco larga, pero podíamos arrastrar nuestros silenciosos especímenes sin ser molestados.

Nuestra práctica fue sorprendentemente grande desde el principio, lo suficientemente grande para agradar a la mayoría de los jóvenes médicos, y lo suficientemente grande para resultar tediosa y una carga para los estudiantes cuyo interés real residía en otra parte. Los trabajadores de la fábrica tenían inclinaciones algo turbulentas; y además de sus muchas necesidades naturales, sus frecuentes enfrentamientos y peleas con puñaladas nos daban mucho que hacer. Pero lo que realmente absorbía nuestras mentes era el laboratorio secreto que habíamos montado en el sótano, el laboratorio con la larga mesa bajo las luces eléctricas, donde en las pequeñas horas de la mañana a menudo inyectábamos las diversas soluciones de West en las venas de las cosas que arrastrábamos del campo de alfareros. West experimentaba frenéticamente para encontrar algo que iniciara de nuevo los movimientos vitales del hombre después de que hubieran sido detenidos por lo que llamamos la muerte, pero había encontrado los obstáculos más espeluznantes. La solución tenía que ser compuesta de manera diferente para distintos tipos: lo que serviría para cobayas no serviría para seres humanos, y diferentes especímenes humanos requerían grandes modificaciones.

Los cuerpos tenían que estar extremadamente frescos, o la ligera descomposición del tejido cerebral haría imposible una reanimación perfecta. De hecho, el mayor problema era conseguirlos lo suficientemente frescos; West había tenido experiencias horribles durante sus investigaciones secretas en la universidad con cadáveres de procedencia dudosa. Los resultados de una animación parcial o imperfecta eran mucho más horribles que los fracasos totales, y ambos teníamos recuerdos temibles de tales cosas. Desde nuestra primera sesión demoníaca en la casa de campo desierta en Meadow Hill en Arkham, habíamos sentido una amenaza ominosa; y West, aunque un autó-mata científico tranquilo, rubio y de ojos azules en la mayoría de los aspectos, a menudo confesaba una sensación estremecedora de persecución furtiva. Sentía a medias que lo seguían, una ilusión psicológica de nervios agitados, exacerbada por el hecho indudablemente perturbador de que al menos uno de nuestros especímenes reanimados aún estaba vivo, una cosa carnívora y espantosa en una celda acolchada en Sefton. Luego había otro, nuestro primero, cuyo destino exacto nunca habíamos aprendido.

Tuvimos buena suerte con los especímenes en Bolton, mucho mejor que en Arkham. No habíamos estado instalados una semana antes de que conseguimos una víctima de accidente la misma noche del entierro, y hacer que abriera sus ojos con una expresión asombrosamente racional antes de que la solución fallara. Había perdido un brazo; si hubiera sido un cuerpo perfecto podríamos haber tenido más éxito. Entre entonces y el siguiente enero conseguimos tres más: un fallo total, un caso de movimiento muscular marcado, y una cosa algo escalofriante, que se levantó por sí sola y emitió un sonido. Luego vino un período de mala suerte; los entierros disminuyeron, y los que ocurrían eran de especímenes ya sea demasiado enfermos o demasiado mutilados para su uso. Llevábamos un seguimiento de todas las muertes y sus circunstancias con cuidado sistemático.

Una noche de marzo, sin embargo, obtuvimos inesperadamente un espécimen que no provenía del campo de alfareros. En Bolton, el espíritu predominante del puritanismo había prohibido el deporte del boxeo, con el resultado habitual. Los combates furtivos y mal conducidos entre los trabajadores de la fábrica eran comunes, y ocasionalmente se importaba talento profesional de bajo nivel. Esa noche de fin de invierno hubo tal pelea; evidentemente con resultados desastrosos, ya que dos polacos tímidos vinieron a nosotros con súplicas incoherentes susurradas para atender un caso muy se-

creto y desesperado. Los seguimos hasta un granero abandonado, donde los restos de una multitud de extranjeros asustados observaban una forma negra silenciosa en el suelo.

La pelea había sido entre Kid O'Brien, un joven tozudo y ahora tembloroso con una nariz hookeada muy poco hiberniana, y Buck Robinson, "El Humo de Harlem". El negro había sido noqueado, y un examen momentáneo nos mostró que permanecería permanentemente así. Era una cosa repulsiva, parecida a un gorila, con brazos anormalmente largos que no pude evitar llamar patas delanteras, y un rostro que evocaba pensamientos de secretos inconcebibles de Congo y golpeteos de tom-tom bajo una luna lúgubre. El cuerpo debía haber parecido aún peor en vida, pero el mundo alberga muchas cosas feas. El miedo recaía sobre toda la multitud miserable, pues no sabían qué exigiría la ley de ellos si el asunto no se ocultaba; y estaban agradecidos cuando West, a pesar de mis estremecimientos involuntarios, se ofreció a deshacerse de la cosa tranquilamente, por un propósito que conocía demasiado bien.

Había una brillante luz de luna sobre el paisaje sin nieve, pero vestimos la cosa y la llevamos a casa entre nosotros por las calles y praderas desiertas, como habíamos llevado una cosa similar una horrible noche en Arkham. Nos acercamos a la casa desde el campo en la parte trasera, tomamos el espécimen por la puerta trasera y bajamos las escaleras del sótano, y lo preparamos para el experimento habitual. Nuestro miedo a la policía era absurdamente grande, aunque habíamos sincronizado nuestro viaje para evitar al patrullero solitario de esa sección.

El resultado fue cansadoramente anticlimático. Por muy espeluznante que pareciera nuestro premio, no respondía en absoluto a cada solución que inyectábamos en su brazo negro, soluciones preparadas únicamente a partir de experiencia con especímenes blancos. Así que, cuando la hora se acercaba peligrosamente al amanecer, hicimos lo que habíamos hecho con los demás: arrastramos la cosa a través de las praderas hasta el cuello del bosque cerca del campo de alfareros, y la enterramos allí en el mejor tipo de tumba que el suelo congelado podía proporcionar. La tumba no era muy profunda, pero tan buena como la de los especímenes anteriores, la cosa que se había levantado por sí sola y emitido un sonido. A la luz de nuestros faroles oscuros la cubrimos cuidadosamente con hojas y enredaderas muertas, estando bas-

tante seguros de que la policía nunca la encontraría en un bosque tan oscuro y denso.

Al día siguiente estaba cada vez más aprensivo por la policía, pues un paciente trajo rumores de una pelea sospechada y muerte. West tenía otra fuente de preocupación, pues fue llamado por la tarde a un caso que terminó de manera muy amenazante. Una mujer italiana se había vuelto histérica por su hijo desaparecido, un muchacho de cinco años que se había alejado temprano en la mañana y no había aparecido para la cena, y había desarrollado síntomas muy alarmantes dado su siempre débil corazón. Fue una histeria muy tonta, pues el niño se había escapado a menudo antes; pero los campesinos italianos son extremadamente supersticiosos, y esta mujer parecía tan acosada por presagios como por hechos. Alrededor de las siete de la tarde murió, y su frenético esposo hizo una escena terrible en sus esfuerzos por matar a West, a quien culpaba locamente por no haber salvado su vida. Los amigos lo sostuvieron cuando sacó un estoque, pero West se fue entre sus chillidos inhumanos, maldiciones y juramentos de venganza. En su última aflicción, el hombre parecía haber olvidado a su hijo, quien aún estaba desaparecido a medida que avanzaba la noche. Hubo algo de charla sobre buscar en el bosque, pero la mayoría de los amigos de la familia estaban ocupados con la mujer muerta y el hombre que gritaba. En conjunto, la tensión nerviosa sobre West debía haber sido tremenda. Los pensamientos de la policía y del hombre italiano loco pesaban mucho.

Nos retiramos alrededor de las once, pero no dormí bien. Bolton tenía una fuerza policial sorprendentemente buena para ser una ciudad tan pequeña, y no pude evitar temer el desastre que ocurriría si el asunto de la noche anterior alguna vez fuera rastreado. Podría significar el fin de todo nuestro trabajo local, y quizás prisión para West y para mí. No me gustaban esos rumores de una pelea que circulaban. Después de que el reloj marcó las tres, la luna brillaba en mis ojos, pero me di vuelta sin levantarme para bajar la persiana. Luego vino el constante golpeteo en la puerta trasera.

Me quedé quieto y algo aturdido, pero poco después escuché el golpe de West en mi puerta. Estaba vestido con bata y pantuflas, y tenía en las manos un revólver y una linterna eléctrica. Por el revólver supe que pensaba más en el italiano enloquecido que en la policía.

—Será mejor que vayamos los dos —susurró—. No estaría bien no responder de todos modos, y podría ser un paciente; sería como uno de esos tontos intentar la puerta trasera.

Así que los dos bajamos las escaleras de puntillas, con un miedo parcialmente justificado y parcialmente el que solo proviene del alma de las extrañas pequeñas horas. El golpeteo continuó, haciéndose un poco más fuerte. Cuando llegamos a la puerta, la desbloqueé cautelosamente y la abrí, y mientras la luna se filtraba reveladoramente sobre la figura silueteada allí, West hizo una cosa peculiar. A pesar del peligro obvio de atraer la atención y provocar sobre nuestras cabezas la temida investigación policial, una cosa que después de todo fue misericordiosamente evitada por el relativo aislamiento de nuestra cabaña, mi amigo de repente, emocionadamente e innecesariamente, vació los seis cilindros de su revólver sobre el visitante nocturno.

Pues ese visitante no era ni italiano ni policía. Imponentemente y de manera espeluznante contra la luna espectral se erguía una cosa gigantesca y deformada que no podría haber sido imaginada salvo en pesadillas: una aparición de ojos vidriosos y negros como la tinta, casi en cuatro patas, cubierta con trozos de moho, hojas y enredaderas, sucia con sangre apelmazada, y teniendo entre sus dientes brillantes un objeto terrible y cilíndrico de color blanco nieve que terminaba en una pequeña mano.

IV. EL GRITO DE LOS MUERTOS

El grito de un hombre muerto me proporcionó ese horror agudo y adicional del Dr. Herbert West que acosó los últimos años de nuestra compañía. Es natural que algo como el grito de un hombre muerto cause horror, pues obviamente no es una ocurrencia agradable u ordinaria; pero yo estaba acostumbrado a experiencias similares, por lo que sufrí en esta ocasión solo debido a una circunstancia particular. Y, como he insinuado, no fue del propio hombre muerto de quien me asusté.

Herbert West, cuyo asociado y asistente era yo, poseía intereses científicos mucho más allá de la rutina habitual de un médico de pueblo. Por eso, al establecer su práctica en Bolton, había elegido una casa aislada cerca del campo de alfareros. Breve y brutalmente dicho, el único interés absorbente de West era un estudio secreto de los fenómenos de la vida y su cesación, encaminado hacia la reanimación de los muertos mediante inyecciones de una solución excitante. Para este espeluznante experimento era necesario tener un suministro constante de cuerpos humanos muy frescos; muy frescos porque incluso la mínima descomposición dañaba irremediablemente la estructura cerebral, y humanos porque descubrimos que la solución tenía que ser compuesta de manera diferente para distintos tipos de organismos. Docenas de conejos y cobayas habían sido muertos y tratados, pero su rastro era ciego. West nunca había tenido éxito completo porque nunca había podido asegurar un cadáver lo suficientemente fresco. Lo que él quería eran cuerpos de los cuales la vitalidad apenas hubiera partido; cuerpos con cada célula intacta y capaz de recibir nuevamente el impulso hacia ese modo de movimiento llamado vida. Había esperanza de que esta vida artificial pudie-

ra hacerse perpetua mediante repeticiones de la inyección, pero habíamos aprendido que una vida natural ordinaria no respondería a la acción. Para establecer el movimiento artificial, la vida natural debía extinguirse; los especímenes debían estar muy frescos, pero genuinamente muertos.

La asombrosa búsqueda había comenzado cuando West y yo éramos estudiantes en la Escuela de Medicina de la Universidad Miskatonic en Arkham, conscientes vívidamente por primera vez de la naturaleza completamente mecánica de la vida. Eso fue hace siete años, pero West apenas parecía un día mayor ahora—era pequeño, rubio, bien afeitado, de voz suave y con gafas, con solo un ocasional destello de un ojo azul frío para indicar el endurecimiento y creciente fanatismo de su carácter bajo la presión de sus terribles investigaciones. Nuestras experiencias habían sido a menudo extremas y espeluznantes; los resultados de la reanimación defectuosa, cuando montones de arcilla del cementerio habían sido galvanizados en movimiento mórbido, antinatural y sin cerebro mediante varias modificaciones de la solución vital.

Una cosa había emitido un grito que quebrantaba nervios; otra se había levantado violentamente, nos había golpeado a ambos hasta dejarnos inconscientes y había causado estragos de manera chocante antes de que pudiera ser puesta detrás de las rejas del asilo; otra más, una monstruosidad africana repulsiva, había salido arañando de su tumba superficial y había realizado una acción—West tuvo que disparar a ese objeto. No podíamos conseguir cuerpos lo suficientemente frescos para mostrar algún rastro de razón al ser reanimados, así que por necesidad habíamos creado horrores sin nombre. Era perturbador pensar que uno, quizás dos, de nuestros monstruos aún vivían—ese pensamiento nos acosaba sombríamente, hasta que finalmente West desapareció en circunstancias horribles. Pero en el momento del grito en el laboratorio del sótano de la aislada cabaña de Bolton, nuestros miedos eran subordinados a nuestra ansiedad por especímenes extremadamente frescos. West era más ávido que yo, de modo que casi me parecía que miraba medio codiciosamente cualquier físico vivo muy saludable.

Fue en julio de 1910 cuando la mala suerte respecto a los especímenes comenzó a cambiar. Había estado de larga visita con mis padres en Illinois, y al regresar encontré a West en un estado de singular euforia. Él me dijo emocionadamente que, con toda probabilidad, había resuelto el problema de

la frescura mediante un enfoque completamente nuevo—el de la preservación artificial. Sabía que estaba trabajando en un nuevo y altamente inusual compuesto embalsamador, y no me sorprendió que hubiera salido bien; pero hasta que él explicó los detalles, estaba algo perplejo sobre cómo tal compuesto podría ayudar en nuestro trabajo, ya que la desagradable inmadurez de los especímenes se debía en gran parte al retraso que ocurría antes de que los aseguráramos. Esto, ahora vi, West lo había reconocido claramente; creando su compuesto embalsamador para uso futuro en lugar de inmediato, y confiando en el destino para suministrar nuevamente algún cadáver muy reciente y no enterrado, como había ocurrido años antes cuando obtuvimos al negro matado en la pelea de premios de Bolton. Por fin, el destino había sido amable, de modo que en esta ocasión había en el laboratorio secreto del sótano un cadáver cuya descomposición no podía haber comenzado de ninguna manera. Qué sucedería al reanimarlo, y si podíamos esperar una resurrección de la mente y la razón, West no se atrevió a predecirlo. El experimento sería un hito en nuestros estudios, y él había guardado el nuevo cuerpo para mi regreso, de modo que ambos podríamos compartir el espectáculo de la manera acostumbrada.

West me contó cómo había obtenido el espécimen. Había sido un hombre vigoroso; un desconocido bien vestido que acababa de bajar del tren en su camino para realizar algún negocio con las Fábricas de Worsted de Bolton. La caminata por la ciudad había sido larga, y para cuando el viajero se detuvo en nuestra cabaña para preguntar el camino a las fábricas su corazón había sido enormemente sobrecargado. Había rechazado un estimulante y repentinamente cayó muerto solo un momento después. El cuerpo, como era de esperar, le pareció a West un regalo enviado por el cielo. En su breve conversación, el desconocido había dejado claro que era desconocido en Bolton, y una búsqueda en sus bolsillos reveló posteriormente que era un tal Robert Leavitt de St. Louis, aparentemente sin una familia que hiciera indagaciones instantáneas sobre su desaparición. Si este hombre no pudiera ser restaurado a la vida, nadie sabría de nuestro experimento. Enterramos nuestros materiales en una franja densa de bosque entre la casa y el campo de alfareros. Si, por otro lado, pudiera ser restaurado, nuestra fama se establecería de manera brillante y perpetua. Así que sin demora West había inyectado en la muñeca del cuerpo el compuesto que lo mantendría fresco para su uso después de mi llegada. El asunto del corazón presumiblemente débil, que en mi mente ponía en peligro el éxito de nuestro experimento, no pare-

cía preocupar a West extensamente. Él esperaba finalmente obtener lo que nunca había conseguido antes —una chispa reavivada de razón y quizás una criatura normal y viva.

Así que en la noche del 18 de julio de 1910, Herbert West y yo estábamos en el laboratorio del sótano y contemplábamos una figura blanca y silenciosa bajo la deslumbrante luz de arco. El compuesto embalsamador había funcionado de manera sorprendentemente buena, pues mientras yo miraba fascinado el robusto marco que había estado dos semanas sin rigidez, me moví a buscar la garantía de West de que la cosa estaba realmente muerta. West me dio esa garantía con suficiente prontitud; recordándome que la solución reanimadora nunca se usaba sin pruebas cuidadosas de vida; ya que no podría tener efecto si aún hubiera presente alguna vitalidad original. Mientras West procedía a tomar pasos preliminares, me impresionó la vasta complejidad del nuevo experimento; una complejidad tan grande que él no podía confiar en ninguna mano menos delicada que la suya propia. Prohibiéndome tocar el cuerpo, primero inyectó un medicamento en la muñeca justo al lado del lugar donde su aguja había perforado al inyectar el compuesto embalsamador. Esto, dijo, era para neutralizar el compuesto y liberar el sistema a una relajación normal para que la solución reanimadora pudiera actuar libremente al inyectarse. Un poco más tarde, cuando un cambio y un leve temblor parecieron afectar las extremidades muertas, West metió violentamente un objeto similar a una almohada sobre la cara que se retorció, sin retirarlo hasta que el cadáver pareció tranquilo y listo para nuestro intento de reanimación habitual. El entusiasta pálido ahora aplicó algunas últimas pruebas perfunctorias para la absoluta falta de vida, retiró satisfecho y finalmente inyectó en el brazo izquierdo una cantidad medida con precisión del elixir vital, preparado durante la tarde con un mayor cuidado que habíamos usado desde los días universitarios, cuando nuestros logros eran nuevos y tentativos. No puedo expresar la suspenso salvaje y sin aliento con el que esperamos los resultados en este primer espécimen realmente fresco —el primero que podríamos esperar razonablemente que abriera sus labios en habla racional, quizás para contar lo que había visto más allá del abismo insondable.

West era materialista, no creyendo en ningún alma y atribuyendo todo el funcionamiento de la conciencia a fenómenos corporales; por lo tanto, no buscaba ninguna revelación de secretos horribles de abismos y cavernas

más allá de la barrera de la muerte. Teóricamente no estaba totalmente en desacuerdo con él, pero retenía vagos instintos remanentes de la fe primitiva de mis antepasados; así que no pude evitar mirar el cadáver con una cierta cantidad de asombro y terrible expectativa. Además—no pude extraer de mi memoria aquel grito horrible e inhumano que escuchamos la noche en que intentamos nuestro primer experimento en la casa de campo desierta de Arkham.

Muy poco tiempo había pasado antes de que viera que el intento no sería un fracaso total. Un toque de color apareció en mejillas hasta entonces blancas como la tiza, y se extendió bajo la riquísima barba arenosa. West, que tenía su mano en el pulso de la muñeca izquierda, de repente asintió significativamente; y casi simultáneamente una neblina apareció en el espejo inclinado sobre la boca del cuerpo. Siguió unos pocos movimientos musculares espasmódicos, y luego una respiración audible y un movimiento visible del pecho. Miré los párpados cerrados, y pensé que detecté un temblor. Luego los párpados se abrieron, mostrando ojos que eran grises, calmados y vivos, pero aún sin inteligencia ni siquiera curiosos.

En un momento de capricho fantástico susurré preguntas a los oídos enrojecidos; preguntas sobre otros mundos de los cuales la memoria aún podría estar presente. El terror subsecuente los alejó de mi mente, pero creo que la última, que repetí, fue: “¿Dónde has estado?” Todavía no sé si recibí respuesta o no, pues no salió ningún sonido de la boca bien formada; pero sí sé que en ese momento pensé firmemente que los delgados labios se movieron silenciosamente, formando sílabas que habría vocalizado como “solo ahora” si esa frase hubiera tenido algún sentido o relevancia. En ese momento, como digo, me sentí eufórico con la convicción de que se había alcanzado el único gran objetivo; y que por primera vez un cadáver reanimado había pronunciado palabras distintas impulsadas por una razón real. Pero en ese triunfo vino a mí el mayor de todos los horrores—no el horror de la cosa que habló, sino de la acción que había presenciado y del hombre con quien estaban unidas mis fortunas profesionales.

Pues ese cuerpo tan fresco, finalmente retorciéndose hacia una conciencia completa y aterradora con ojos dilatados por el recuerdo de su última escena en la tierra, lanzó sus manos frenéticas en una lucha de vida o muerte con el aire; y de repente, colapsando en una segunda y final disolución de la

cual no podría haber retorno, gritó el grito que resonará eternamente en mi agonizante cerebro:

“¡Ayuda! Manténganse alejados, maldito demonio de pelo corto—mantén esa maldita aguja lejos de mí!”

V. EL HORROR DESDE LAS SOMBRAS

Muchos hombres han relatado cosas horribles, no mencionadas en impresos, que sucedieron en los campos de batalla de la Gran Guerra. Algunas de estas cosas me han hecho desmayar, otras me han convulsionado con una náusea devastadora, mientras que aún otras me han hecho temblar y mirar por encima de mi hombro en la oscuridad; sin embargo, a pesar de lo peor de ellas, creo que puedo relatar yo mismo la cosa más horrible de todas: el horror chocante, antinatural e increíble desde las sombras.

En 1915, era un médico con el rango de Primer Teniente en un regimiento canadiense en Flandes, uno de muchos estadounidenses que precedieron al propio gobierno en la lucha gigantesca. No había ingresado al ejército por iniciativa propia, sino más bien como resultado natural del alistamiento del hombre cuyo asistente indispensable era yo: el célebre especialista quirúrgico de Boston, el Dr. Herbert West. El Dr. West había ansiado una oportunidad para servir como cirujano en una gran guerra, y cuando llegó la oportunidad, me llevó consigo casi en contra de mi voluntad. Había razones por las cuales me habría complacido que la guerra nos separara; razones por las cuales encontraba la práctica de la medicina y la compañía de West cada vez más irritantes; pero cuando él se fue a Ottawa y, a través de la influencia de un colega, consiguió una comisión médica como Mayor, no pude resistir la persuasión imperiosa de uno decidido a que lo acompañara en mi capacidad habitual.

Cuando digo que el Dr. West estaba ansioso por servir en batalla, no quiero implicar que fuera naturalmente belicoso o ansioso por la seguridad de la civilización. Siempre una máquina intelectual de hielo; delgado, rubio,

de ojos azules y con gafas; creo que secretamente se burlaba de mis ocasionales entusiasmos marciales y censuras de la neutralidad pasiva. Sin embargo, había algo que quería en la beligerante Flandes; y para asegurarlo tuvo que asumir un exterior militar. Lo que él quería no era algo que muchas personas desean, sino algo conectado con la rama peculiar de la ciencia médica que había elegido seguir de manera bastante clandestina, y en la cual había logrado resultados asombrosos y ocasionalmente horribles. Era, de hecho, nada más ni menos que un suministro abundante de hombres recién asesinados en cada etapa de desmembramiento.

Herbert West necesitaba cuerpos frescos porque su obra de vida era la reanimación de los muertos. Este trabajo no era conocido por la clientela a la moda que había construido tan rápidamente su fama después de su llegada a Boston; pero sí me era muy bien conocido a mí, que había sido su amigo más cercano y único asistente desde los viejos días en la Escuela de Medicina de la Universidad Miskatonic en Arkham. Fue en esos días universitarios cuando había comenzado sus terribles experimentos, primero en pequeños animales y luego en cuerpos humanos obtenidos de manera chocante. Había una solución que inyectaba en las venas de las cosas muertas, y si eran lo suficientemente frescas respondían de maneras extrañas. Había tenido muchos problemas para descubrir la fórmula adecuada, ya que cada tipo de organismo requería un estímulo especialmente adaptado. El terror lo acechaba cuando reflexionaba sobre sus fracasos parciales; cosas sin nombre resultantes de soluciones imperfectas o de cuerpos no lo suficientemente frescos. Un cierto número de estos fracasos había permanecido vivos—uno estaba en un asilo mientras otros habían desaparecido—y mientras pensaba en eventualidades concebibles pero virtualmente imposibles, a menudo me estremecía bajo su usual estoicidad.

West pronto aprendió que la frescura absoluta era el requisito principal para especímenes útiles, y en consecuencia recurrió a expedientes espeluznantes e inhumanos en el robo de cuerpos. En la universidad, y durante nuestra temprana práctica juntos en la ciudad industrial de Bolton, mi actitud hacia él había sido en gran parte de admiración fascinada; pero a medida que su audacia en los métodos crecía, comencé a desarrollar un miedo persistente. No me gustaba la manera en que miraba los cuerpos humanos saludables; y luego llegó una sesión de pesadilla en el laboratorio del sótano cuando supe que cierto espécimen había sido un cuerpo vivo cuando lo ase-

guró. Esa fue la primera vez que pudo revivir la calidad del pensamiento racional en un cadáver; y su éxito, obtenido a un costo tan repulsivo, lo había endurecido completamente.

De sus métodos en los cinco años intermedios no me atrevo a hablar. Me mantenía unido a él por pura fuerza del miedo, y fui testigo de vistas que ninguna lengua humana podría repetir. Gradualmente llegué a encontrar a Herbert West más horrible que cualquier cosa que él hiciera—eso fue cuando comprendí que su celo científico una vez normal para prolongar la vida se había degenerado sutilmente en una mera curiosidad mórbida y espeluznante y un sentido secreto de la pintoresca carnicería. Su interés se convirtió en una adicción infernal y perversa a lo repulsivamente y demoníacamente anormal; se regodeaba calmadamente sobre monstruosidades artificiales que harían que la mayoría de los hombres saludables cayeran muertos de miedo y repugnancia; se convirtió, detrás de su pálida intelectualidad, en un Baudelaire exigente de experimentos físicos—un Elagabalus languido de las tumbas.

Los peligros los enfrentaba sin titubear; los crímenes los cometía sin moverse. Creo que el clímax llegó cuando había demostrado su punto de que la vida racional puede ser restaurada, y había buscado nuevos mundos para conquistar mediante la experimentación con la reanimación de partes desprendidas de cuerpos. Tenía ideas salvajes y originales sobre las propiedades vitales independientes de las células orgánicas y el tejido nervioso separados de los sistemas fisiológicos naturales; y logró algunos resultados preliminares horribles en forma de tejido nunca moribundo, alimentado artificialmente, obtenido de los huevos casi incubados de un reptil tropical indescriptible. Dos puntos biológicos estaba extremadamente ansioso por resolver—primero, si alguna cantidad de conciencia y acción racional es posible sin el cerebro, procediendo desde la médula espinal y varios centros nerviosos; y segundo, si puede existir alguna relación etérea e intangible distinta de las células materiales para vincular las partes quirúrgicamente separadas de lo que previamente ha sido un solo organismo vivo. Todo este trabajo de investigación requería un suministro prodigioso de carne humana recién sacrificada—y por eso Herbert West había entrado en la Gran Guerra.

La cosa fantasmagórica e indecible ocurrió una medianoche a finales de marzo de 1915, en un hospital de campaña detrás de las líneas en St. Eloi. Incluso ahora me pregunto si no podría haber sido otra cosa que un sueño

demoníaco de delirio. West tenía un laboratorio privado en una habitación este del edificio temporal parecido a un granero, le asignaron cuando suplicó que estaba ideando métodos nuevos y radicales para el tratamiento de casos hasta ahora sin esperanza de mutilación. Allí trabajaba como un carnicero en medio de sus sangrientas mercancías — nunca pude acostumbrarme a la ligereza con la que manejaba y clasificaba ciertas cosas. A veces realmente realizaba milagros de cirugía para los soldados; pero sus deleites principales eran de una naturaleza menos pública y filantrópica, requiriendo muchas explicaciones de sonidos que parecían peculiares incluso en medio de ese Babel de los condenados. Entre estos sonidos había frecuentes disparos de revólver — seguramente no inusuales en un campo de batalla, pero distintivamente inusuales en un hospital. Los especímenes reanimados por el Dr. West no estaban destinados a una existencia larga ni a una audiencia grande. Además del tejido humano, West empleaba gran parte del tejido embrionario reptiliano que había cultivado con resultados tan singulares. Era mejor que el material humano para mantener la vida en fragmentos sin órganos, y esa era ahora la principal actividad de mi amigo. En un rincón oscuro del laboratorio, sobre una extraña lámpara de incubación, mantenía un gran depósito cubierto lleno de esta materia celular reptiliana; que se multiplicaba y crecía hinchosa y horriblemente.

En la noche de la que hablo tuvimos un nuevo espécimen espléndido — a la vez físicamente poderoso y de tal alta mentalidad que se aseguraba un sistema nervioso sensible. Era algo irónico, pues él era el oficial que había ayudado a West a su comisión, y que ahora debía haber sido nuestro asociado. Además, en el pasado había estudiado secretamente la teoría de la reanimación hasta cierto punto bajo West. El Mayor Sir Eric Moreland Clapham-Lee, D.S.O., era el mejor cirujano de nuestra división, y había sido asignado apresuradamente al sector de St. Eloi cuando las noticias de los intensos combates llegaron al cuartel general. Había llegado en un aeroplano pilotado por el intrépido Teniente Ronald Hill, solo para ser derribado cuando estaba directamente sobre su destino. La caída había sido espectacular y terrible; Hill era irreconocible después, pero el accidente reveló al gran cirujano en una condición casi decapitada pero por lo demás intacta. West había agarrado ávidamente la cosa sin vida que alguna vez fue su amigo y compañero de estudios; y me estremecí cuando terminó de separar la cabeza, la colocó en su depósito infernal de tejido reptiliano pulposo para preservarla para futuros experimentos, y procedió a tratar el cuerpo decapitado en la mesa de

operaciones. Inyectó nueva sangre, unió ciertas venas, arterias y nervios en el cuello sin cabeza, y cerró la espeluznante abertura con piel injertada de un espécimen no identificado que había llevado el uniforme de un oficial. Sabía lo que quería—ver si este cuerpo altamente organizado podía exhibir, sin su cabeza, alguno de los signos de vida mental que habían distinguido al Sir Eric Moreland Clapham-Lee. Una vez que, como una demostración triunfal, West estaba a punto de relegar el misterio de la vida a la categoría de mito. El cuerpo ahora se retorció más vigorosamente, y bajo nuestros ojos ávidos comenzó a convulsionar de una manera espantosa. Los brazos se movieron inquietantemente, las piernas se levantaron, y varios músculos se contrajeron en una especie repulsiva de retorcimiento. Luego, la cosa sin cabeza lanzó sus brazos en un gesto que era inconfundiblemente uno de desesperación—una desesperación inteligente aparentemente suficiente para probar cada teoría de Herbert West. Ciertamente, los nervios estaban recordando el último acto del hombre en vida; la lucha por liberarse del aeroplano que caía.

Lo que siguió, nunca lo sabré positivamente. Podría haber sido totalmente una alucinación por el shock causado en ese instante por la destrucción repentina y completa del edificio en un cataclismo de fuego de artillería alemana—¿quién puede negarlo, ya que West y yo éramos los únicos sobrevivientes comprobados? West solía pensar que antes de su reciente desaparición, pero hubo momentos en que no podía; pues era extraño que ambos tuviéramos la misma alucinación. El evento espeluznante en sí mismo fue muy simple, notable solo por lo que implicaba.

El cuerpo sobre la mesa se había levantado con una búsqueda ciega y terrible, y habíamos escuchado un sonido. No debería llamar a ese sonido una voz, pues era demasiado horrible. Y sin embargo, su timbre no era lo más horrible de él. Tampoco su mensaje—simplemente había gritado, “¡Salta, Ronald, por el amor de Dios, salta!” La cosa horrible era su origen.

Pues había venido del gran depósito cubierto en ese rincón macabro de sombras negras y arrastradoras.

VI. LAS LEGIONES DE LAS TUMBAS

Cuando el Dr. Herbert West desapareció hace un año, la policía de Boston me interrogó detenidamente. Sospechaban que estaba reteniendo algo, y quizás sospechaban cosas más graves; pero no pude decirles la verdad porque no me habrían creído. Sabían, de hecho, que West había estado conectado con actividades más allá de la credibilidad de los hombres comunes; pues sus horribles experimentos en la reanimación de cadáveres habían sido durante mucho tiempo demasiado extensos para admitir un secreto perfecto; pero la catástrofe final que destruyó el alma contenía elementos de fantasía demoníaca que incluso me hacen dudar de la realidad de lo que vi.

Yo era el amigo más cercano de West y su único asistente confidencial. Nos habíamos conocido años antes, en la escuela de medicina, y desde el principio había compartido sus terribles investigaciones. Lentamente había intentado perfeccionar una solución que, inyectada en las venas de los recién fallecidos, restauraría la vida; un trabajo que demandaba una abundancia de cadáveres frescos y, por lo tanto, involucraba las acciones más anti-naturales. Aún más chocantes eran los productos de algunos de los experimentos: masas espeluznantes de carne que habían estado muertas, pero que West despertaba a una animación ciega, sin cerebro y nauseabunda. Estos eran los resultados habituales, ya que para reavivar la mente era necesario tener especímenes tan absolutamente frescos que ninguna descomposición podría afectar las delicadas células cerebrales.

Esta necesidad de cadáveres muy frescos había sido la ruina moral de West. Eran difíciles de conseguir, y un día horrible logró obtener su espécimen mientras aún estaba vivo y vigoroso. Una lucha, una aguja y un alca-

loide poderoso lo habían transformado en un cadáver muy fresco, y el experimento había tenido éxito por un breve e inolvidable momento; pero West emergió con un alma callosa y quemada, y un ojo endurecido que a veces miraba con una especie de evaluación horriblemente calculadora a hombres de cerebro especialmente sensible y físico especialmente vigoroso. Hacia el final me volví agudamente temeroso de West, pues comenzó a mirarme de esa manera. La gente no parecía notar sus miradas, pero sí notaba mi miedo; y después de su desaparición utilizó eso como base para algunas sospechas absurdas.

West, en realidad, tenía más miedo que yo; pues sus abominables actividades implicaban una vida de furtividad y temor de cada sombra. En parte, era la policía a quien temía; pero a veces su nerviosismo era más profundo y nebuloso, tocando ciertas cosas indescriptibles en las que había inyectado una vida mórbida, y de las cuales no había visto partir esa vida. Usualmente terminaba sus experimentos con un revólver, pero en algunas ocasiones no había sido lo suficientemente rápido. Estaba ese primer espécimen sobre cuya tumba rayada posteriormente se vieron marcas de arañazos. También estaba el cuerpo de ese profesor de Arkham que había hecho cosas caníbales antes de ser capturado y lanzado sin identificación a una celda de manicomio en Sefton, donde golpeaba las paredes durante dieciséis años. La mayoría de los otros resultados que posiblemente sobrevivieron eran cosas menos fáciles de mencionar, pues en años posteriores el celo científico de West se había degenerado en una manía insana y fantástica, y había gastado su principal habilidad en vitalizar no cuerpos humanos enteros, sino partes aisladas de cuerpos, o partes unidas a materia orgánica que no era humana. Se había vuelto demoníacamente repugnante para cuando desapareció; muchos de los experimentos ni siquiera podían insinuarse en impresos. La Gran Guerra, a través de la cual ambos servimos como cirujanos, había intensificado este lado de West.

Al decir que el miedo de West hacia sus especímenes era nebuloso, me refiero particularmente a su naturaleza compleja. Parte de él provenía simplemente de conocer la existencia de tales monstruos sin nombre, mientras que otra parte surgía de la aprehensión del daño corporal que podrían causarle en ciertas circunstancias. Su desaparición añadió horror a la situación —de todos ellos, West solo conocía el paradero de uno, la miserable cosa del asilo. Luego había un miedo más sutil— a una sensación muy fantástica

resultante de un curioso experimento en el ejército canadiense en 1915. West, en medio de una batalla severa, había reanimado al Mayor Sir Eric Moreland Clapham-Lee, D.S.O., un compañero médico que sabía sobre sus experimentos y podría haberlos duplicado. Se le había removido la cabeza, para que se pudieran investigar las posibilidades de vida casi inteligente en el tronco. Justo cuando el edificio fue arrasado por un proyectil alemán, hubo un éxito. El tronco se había movido inteligentemente; y, increíble de relatar, ambos estábamos horriblemente seguros de que sonidos articulados habían venido de la cabeza desprendida mientras yacía en un rincón sombrío del laboratorio. El proyectil había sido misericordioso, de alguna manera—pero West nunca pudo sentirse tan seguro como deseaba, de que nosotros dos éramos los únicos sobrevivientes. Solía hacer conjeturas estremecedoras sobre las posibles acciones de un médico sin cabeza con el poder de reanimar a los muertos.

Los últimos aposentos de West estaban en una casa venerable de mucha elegancia, con vista a uno de los cementerios más antiguos de Boston. Había elegido el lugar por razones puramente simbólicas y estéticamente fantásticas, ya que la mayoría de los entierros eran de la época colonial y, por lo tanto, de poca utilidad para un científico que buscaba cuerpos muy frescos. El laboratorio estaba en un sub-sótano construido secretamente por trabajadores importados, y contenía un enorme incinerador para la disposición silenciosa y completa de tales cuerpos, o fragmentos y falsificaciones sintéticas de cuerpos, como podrían quedar de los experimentos mórbidos y los entretenimientos profanos del propietario. Durante la excavación de este sótano, los trabajadores habían golpeado con una mampostería extremadamente antigua; sin duda conectada con el antiguo cementerio, pero demasiado profunda para corresponder con cualquier sepulcro conocido allí. Después de varios cálculos, West decidió que representaba alguna cámara secreta debajo de la tumba de los Averills, donde el último entierro se había realizado en 1768. Estuve con él cuando estudió las paredes nitrosas y gotearas expuestas por las palas y mazos de los hombres, y estaba preparado para el estremecedor thrill que acompañaría el descubrimiento de secretos centenarios de tumbas; pero por primera vez, la nueva timidez de West conquistó su curiosidad natural, y traicionó su fibra degenerada ordenando que la mampostería se dejara intacta y se repintara. Así permaneció hasta esa noche final infernal; parte de las paredes del laboratorio secreto. Hablo de la decadencia de West, pero debo añadir que fue una cosa puramente mental e

intangible. Exteriormente era igual hasta el final —calmado, frío, delgado y de cabello amarillo, con ojos azules con gafas y una apariencia general de juventud que los años y los miedos parecían nunca cambiar. Parecía tranquilo incluso cuando pensaba en esa tumba arañada y miraba por encima de su hombro; incluso cuando pensaba en la cosa carnívora que mordisqueaba y arañaba las barras de Sefton.

El final de Herbert West comenzó una noche en nuestro estudio conjunto cuando él dividía su curiosa mirada entre el periódico y yo. Un extraño titular le había impactado desde las páginas arrugadas, y una garra de titán sin nombre parecía haberse extendido a través de dieciséis años. Algo temible e increíble había ocurrido en el Asilo Sefton a cincuenta millas de distancia, sorprendiendo al vecindario y desconcertando a la policía. En las pequeñas horas de la mañana, un cuerpo de hombres silenciosos había entrado en los terrenos y su líder había despertado a los asistentes. Era una figura militar amenazante que hablaba sin mover los labios y cuya voz parecía casi ventrílocuamente conectada con una enorme caja negra que llevaba. Su rostro sin expresión era hermoso hasta el punto de una belleza radiante, pero había chocado al superintendente cuando la luz del pasillo lo iluminó —pues era una cara de cera con ojos de vidrio pintado. Algo indescriptible le había ocurrido a este hombre. Un hombre más grande guiaba sus pasos; una masa repugnante cuyo rostro azulado parecía medio consumido por alguna enfermedad desconocida. El hablante había pedido la custodia del monstruo caníbal recluido de Arkham hace dieciséis años; y al ser rechazado, dio una señal que precipitó un motín chocante. Los demonios habían golpeado, pisoteado y mordido a cada asistente que no huía; matando a cuatro y finalmente logrando la liberación del monstruo. Las víctimas que podían recordar el evento sin histeria juraron que las criaturas habían actuado menos como hombres y más como autómatas impensables guiados por el líder de cara de cera. Para cuando se pudo solicitar ayuda, todas las huellas de los hombres y de su loca carga habían desaparecido.

Desde la hora en que leí este artículo hasta la medianoche, West estuvo sentado casi paralizado. A medianoche sonó el timbre de la puerta, asustándolo terriblemente. Todos los sirvientes estaban dormidos en el ático, así que respondí al timbre. Como le he dicho a la policía, no había un coche en la calle; sino solo un grupo de figuras de aspecto extraño que llevaban una gran caja cuadrada que depositaron en el pasillo después de que uno de

ellos gruñera con una voz altamente antinatural, “Express—prepaid”. Salieron de la casa con un paso entrecortado, y mientras los veía ir, tuve una idea extraña de que se dirigían hacia el antiguo cementerio al que daba la parte trasera de la casa. Cuando cerré la puerta después de ellos, West bajó las escaleras y miró la caja. Medía aproximadamente dos pies cuadrados y llevaba el nombre correcto de West y su dirección actual. También llevaba la inscripción, “De Eric Moreland Clapham-Lee, St. Eloi, Flandes”. Seis años antes, en Flandes, un hospital bombardeado había caído sobre el tronco reanimado sin cabeza del Dr. Clapham-Lee, y sobre la cabeza desprendida que—quizás—había emitido sonidos articulados.

West ni siquiera estaba emocionado ahora. Su condición era más espeluznante. Rápidamente dijo, “Es el final—pero incineremos—esto.” Bajamos la cosa al laboratorio—escuchando. No recuerdo muchos detalles—puedes imaginar mi estado mental—pero es una mentira viciosa decir que fue el cuerpo de Herbert West el que puse en el incinerador. Ambos insertamos toda la caja de madera sin abrir, cerramos la puerta y encendimos la electricidad. Y no salió ningún sonido de la caja, después de todo.

Fue West quien primero notó el yeso cayendo en esa parte de la pared donde la antigua mampostería de la tumba había sido tapada. Iba a correr, pero él me detuvo. Luego vi una pequeña abertura negra, sentí un viento macabro de hielo y olí los entrañas carnicerías de una tierra putrescente. No hubo sonido, pero justo entonces las luces eléctricas se apagaron y vi delineadas contra alguna fosforescencia del inframundo una horda de cosas silenciosas y laboriosas que solo la locura—o peor—podría crear. Sus contornos eran humanos, semi-humanos, fraccionadamente humanos y nada humanos en absoluto—la horda era grotescamente heterogénea. Estaban retirando las piedras tranquilamente, una por una, de la pared centenaria. Y luego, cuando la brecha fue lo suficientemente grande, salieron al laboratorio en fila india; liderados por una cosa que acechaba con una hermosa cabeza hecha de cera. Una especie de monstruosidad de ojos locos detrás del líder agarró a Herbert West. West no resistió ni emitió un sonido. Luego todos se lanzaron sobre él y lo destrozaron ante mis ojos, llevándose los fragmentos hacia esa bóveda subterránea de fabulosas abominaciones. La cabeza de West fue llevada por el líder de cara de cera, quien llevaba el uniforme de un oficial canadiense. Al desaparecer, vi que los ojos azules detrás de las

gafas brillaban horriblemente con su primer toque de emoción visible y frenética.

Los sirvientes me encontraron inconsciente por la mañana. West se había ido. El incinerador contenía solo cenizas inidentificables. Los detectives me han interrogado, pero ¿qué puedo decir? La tragedia de Sefton no la conectarán con West; ni con eso, ni con los hombres de la caja, cuya existencia niegan. Les hablé de la bóveda, y señalaron la pared de yeso intacta y se rieron. Así que no les dije más. Implican que soy un lunático o un asesino—probablemente estoy loco. Pero no podría estarlo si esas malditas legiones de tumbas no hubieran sido tan silenciosas.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB